

2 Alfabetización financiera y autoeficacia financiera en pequeños y medianos empresarios de la provincia de Pichincha, Ecuador

Diego Raza Carrillo

INTRODUCCIÓN

En las condiciones económicas y sociales actuales, un tema de preocupación central, tanto para la academia como para los distintos actores de la sociedad, es la manera de asegurar que las personas tomen las mejores decisiones financieras con lo que puedan contribuir al logro de un Estado de bienestar presente y futuro para sí mismos y para sus familias.

Se ha dado, en general, preminencia a los procesos de educación financiera y a sus resultados en una mayor o menor alfabetización financiera, pero también se ha identificado que las conductas financieras —las buenas y también las malas— no solo tienen relación con el nivel de conocimientos que pueda tener un individuo, sino con un conjunto de características psicológicas y de otro tipo, que inciden directamente en la calidad de sus decisiones financieras.

Una de estas características psicológicas, de hecho una de las de mayor interés, es la autoeficacia financiera, que, como se referirá más adelante, ha demostrado tener incidencia en la calidad de decisiones financieras, en conductas relacionadas con el ahorro, con el buen uso de productos financieros y con el logro de bienestar financiero en general.

Para lograr mejores niveles de autoeficacia financiera se plantea que es importante contar primero con un buen nivel de alfabetización financiera, por lo que resulta importante determinar si efectivamente existe relación entre estas dos variables.

La hipótesis que se buscará comprobar en esta investigación es justamente que las personas que presentan un mayor nivel de alfabetización financiera también reportan un mayor nivel de autoeficacia financiera, y que, por tanto, existe una relación directa y positiva entre estas dos variables.

La comprobación de esta hipótesis será de importancia para mejorar los esfuerzos de la academia, el sector privado y el gobierno que, al enfocarse muchas veces únicamente en generar mejoras cognitivas, podrían descuidar estos elementos psicológicos que está demostrado que juegan un papel fundamental en el logro de bienestar financiero en los individuos.

De manera particular, este estudio toma como referencia a pequeños y medianos empresarios agremiados de una provincia de Ecuador, a quienes se agradece su participación.

REVISIÓN DE LA LITERATURA

Alfabetización financiera (AF)

La AF no es lo mismo que la educación financiera. Se debe empezar reconociendo sus diferencias, entendiendo que la AF se logra —entre otros mecanismos— a través de la educación financiera que es el proceso por el cual las personas mejoran su comprensión del funcionamiento y existencia de productos, servicios y conceptos financieros, de tal forma que les permite tomar mejores decisiones y evitar problemas financieros. La AF (tenerla o no en mayor o menor medida) es, entonces, el resultado de procesos de educación financiera (Hung, Parker y Yoong 2009, 5).

La AF, o *financial literacy*, se refiere a la información, familiaridad y conocimiento que se tiene en relación con instituciones, productos financieros y términos fundamentales (como tasa de interés, inflación, ahorro, préstamos, riesgo, rendimiento) para la toma de decisiones diarias en asuntos financieros (Zottel, Perotti y Bolaji-Adio 2013, 2).

Estar alfabetizado financieramente significa tener la habilidad de tomar decisiones informadas para desarrollar una cultura de ahorro, para la utilización responsable de préstamos y para el uso y manejo del dinero en general (Kapadia 2019, 7).

Una mayor AF tiene un importante efecto en la inclusión financiera en familias de distintos niveles de ingreso, según el estudio de las realidades de varios países realizado por Grohmann, Klühs y Menkhoff (2018, 87).

La AF es también la capacidad de usar el conocimiento y destrezas para manejar los recursos financieros de manera efectiva con el fin de lograr bienestar financiero a lo largo de la vida (Hung, Parker y Yoong 2009, 5), entendido como el estado en el que una persona puede cumplir sin dificultades sus obligaciones financieras presentes y futuras, sentirse segura por su futuro financiero y ser capaz de tomar decisiones que le permitan disfrutar de la vida (Consumer Financial Protection Bureau 2017, 6).

Se espera entonces que, conforme las personas tengan niveles más altos de AF, se vuelvan más propensas al ahorro y a inversión, y probablemente más hábiles para tomar decisiones financieras en el día a día (Lusardi y Mitchell 2007, 216). Además, que la AF permita tomar mejores decisiones en el ámbito empresarial (Rodrigues et al. 2019, 95) que, asimismo, tendrán mayores probabilidades de ser las correctas y, por tanto, contribuirán a la sostenibilidad de las organizaciones (Sabri y Zakaria 2015, 830).

De otra parte, Kirsten (2018, 6) comprobó la relación positiva entre la educación financiera y la autoeficacia financiera de pequeños y medianos empresarios, y Herawati et al. (2020, 30) encontraron que la AF tenía influencia directa y positiva en la autoeficacia financiera, a diferencia de otras variables incluidas en el mismo estudio.

Por estas y otras razones, la medición de esta AF se vuelve de gran importancia.

Medición de la alfabetización financiera

Durante la primera década del nuevo milenio se plantearon distintas propuestas para medir la AF, en algunos casos realizando una prueba de conocimientos financieros, tal como plantean los instrumentos propuestos por algunos autores (Volpe, Kotel y Chen 2002, 2; Hilgert, Hogarth y Beverly 2003, 310; Mandell 2004; Lusardi y Mitchell 2006, 4; 2007, 207; Mandell 2008, 172), y, en otros casos, combinando esa prueba de conocimientos con un cuestionario de autopercepción o autoevaluación del propio individuo (Moore 2003, 20; Agnew y Szykman 2005, 59; Lusardi y Tufano 2009, 3, 11).

Con estos avances, la OCDE desarrolla un primer documento de trabajo (Kempson 2009, 13) que es el que daría lugar al instrumento de medición de AF utilizado para comparativas internacionales que esta organización desarrolló y perfeccionó a lo largo de la última década y que es el que se presenta en su Caja de Herramientas (OCDE 2018, 11), que se tomó como referencia (metodología, cuestionario y procesamiento propuesto) para este estudio.

Este instrumento de medición propuesto por la OCDE ha demostrado ser útil para la medición y comparativa internacional tanto de AF como de inclusión financiera, desde su primera aplicación en 2010, la aplicación internacional en aproximadamente 40 países que se desarrolló entre 2015 y 2016, y las aplicaciones posteriores que se han realizado en distintos lugares del mundo.

De manera específica en lo relacionado a la AF, este instrumento contiene preguntas que buscan medir tres dimensiones de esta AF: el comportamiento financiero, las actitudes financieras y los conocimientos financieros.

Para medir el conocimiento financiero se utilizan siete preguntas tipo test en las que hay una respuesta correcta frente a cuestiones relativas a tasas de interés, inflación, riesgo y otros conceptos; en tanto que para la medición de comportamiento financiero se ve-

rifican las respuestas que den cuenta de conductas “financieramente informadas” relacionadas al presupuesto, necesidad de préstamos urgentes, el cuidado que se tiene al hacer compras, entre otras; finalmente para medir las actitudes financieras se utilizan tres preguntas que dan cuenta sobre la preferencia de ahorro o gasto, y del disfrute del presente o previsión del futuro que tiene el encuestado.

La combinación de los resultados obtenidos en estas tres dimensiones (comportamiento financiero, actitudes financieras y conocimientos financieros), determinan el puntaje obtenido y, por tanto, el nivel de alfabetización financiera del encuestado.

La autoeficacia

A modo de telón de fondo, diremos que la autoeficacia en general tiene que ver con la manera en la que los sujetos juzgan su propia capacidad de superar las dificultades que se presentan en la vida, y su potencial de autoregular sus propias conductas y actuaciones con el fin de alcanzar sus propósitos pese a las adversidades (Bandura 1992, 7).

De manera complementaria han surgido conceptos más completos fundados en estudios realizados a nivel mundial sobre el tema; entre ellos, aquel que hace referencia a “los juicios que cada individuo hace sobre sus capacidades, con base en los cuales organizará y ejecutará sus actos de modo que le permitan alcanzar el rendimiento deseado” (Ornelas et al. 2012, 18).

Raza (2017, 24), citando a Barraza Macías (2010), plantea que una mayor expectativa de autoeficacia en un sujeto incide en que este realice un máximo esfuerzo para el logro de sus objetivos, lo haga con mayor optimismo, interés, eficacia, bienestar psicológico, y con mejor respuesta a situaciones demandantes que se presenten en el logro de su objetivo.

En este concepto cobra importancia el trabajo propio que el individuo se propone hacer para alcanzar una meta, lo que significa que la autoeficacia no se limita a determinar aquella “creencia”